

**Al oscuro**

Algo me despierta en mitad de la noche. Solo hay una luz prendida fuera de mi pieza. Debajo de la puerta veo una raya brillante de luz amarilla que viene del pasillo. Me quedo en silencio, esperando. Se supone que estoy solo en la casa. No escucho nada fuera de lo común hasta que veo una sombra muy pequeña que aparece en medio de la línea de luz. Es una mosca. Camina hacia un lado, vuelve al centro del marco, avanza un centímetro o menos y vuela hacia adentro de la pieza. Después no pasa nada por un rato. Me quedo en la oscuridad escuchando y algo me pega en la frente. Es la mosca. El zumbido se aleja de mí y vuelve, rasante, a pasar a mi lado. Me hago hacia atrás para que no me toque pero siento un pequeño contacto en la nariz. La situación empieza a desesperarme. El insecto que insiste en hacer vuelos rasantes a mi cara logra perturbarme al extremo. Lanzo un par de manotazos azarosos y uno de ellos hace contacto directo, da en el blanco. La mosca cae cerca de la puerta, atontada, pero no muerta. Afuera, nada. Creo que le rompí un ala, porque la veo dar unos saltitos y volver a caer al piso. Luego de tres o cuatro intentos, empieza a dar vueltas sobre sí misma a un ritmo frenético y aturdiéndome con un sonido intenso y particularmente dañino para los oídos y para la mente. Siento que este chillido se escuchará en toda la manzana, que es una llamada a los enemigos que me esperan fuera de la pieza. Pero después me corrijo y me digo que sólo es una mosca herida. Es la primera baja de ese ejército que me acecha en el pasillo, pienso y me tranquilizo. La espiral sin fin de la mosca se detiene. Veo su pequeña forma a trasluz y, pobre de mí, imagino en esa única, insignificante mosca postrada, un triunfo. Tal frustración invade mi ser que aturdir a un insecto de un golpe es un trofeo.

Pero no es una victoria lo que hay reservado para mí esta noche. La mosca vuelve a girar. Comienza su canto infernal, la danza ritual de un demonio nimio e implacable

que terminará triunfando sobre aquello que lo ha desafiado. En una de las vueltas parece levantar vuelo, se dispara hacia la puerta y golpea secamente contra ella. Cae al piso y descubre la luz que viene desde afuera. Parece querer irse. Camina por el resquicio entre el piso y la puerta, se queda un momento ahí y vuelve a entrar. Ahora me mira con sus múltiples ojos. Puedo adivinar su ala rota, doblada irreversiblemente de una forma nueva e inútil. Creo que si agudizo el oído puedo escuchar cada paso de sus seis patas golpeando el zócalo frío, manchándolo con secreciones sin nombre; siento su presencia infestando el ambiente con olores minúsculos y nauseabundos, puedo intuir toda la amenaza que de su ser emana. No está muerta pero sí lo está. No poder volar es su fin. Tarde o temprano terminará aplastada por algo o por alguien, si no muere de hambre o sed. Ella ha visto morir así a otras. Pero antes ejecutará a su verdugo.

El apocalíptico insecto camina un poco, con la actitud de quien espera. Va y viene un par de veces. En el pasillo no se advierte movimiento alguno hasta que la línea de luz de la puerta es nuevamente interrumpida por la silueta de otra mosca que vuela hasta posarse junto a la primera. Después aparece otra y otra más. Finalmente, lo imposible sucede. Cientos de moscas llegan desde algún lugar y comienzan a entrar en la pieza por debajo de la puerta. En ese momento supongo que puedo estar soñando, que esto es una pesadilla. ¿Cómo saberlo? Abro los ojos exageradamente, un intento fallido de mirar en la profunda oscuridad, acentuada al cegarse la luz del pasillo. Uno de los insectos golpea directo en mi pupila, Me tapo el ojo con la mano y pegan contra mis dedos varias moscas más. Los zumbidos se multiplican y decenas de pequeños proyectiles me pegan en la cara, en las orejas, en lo brazos. Tiro manotazos al aire y cada uno choca con muchos insectos. Las moscas me han encontrado.